



MARIEM HASSAN
 — La voz indómita —
 (del Sáhara Occidental)
 Zazie Schubert-Wurr - Manuel Domínguez

NUBENIEGRA

CD

1. NUBENIEGRA (04:30)
2. LAZAL (03:11)
3. ELAH ANGLAK, EL KAKAMA (04:00)
4. AYAL KALEW YEKHWA (04:00)
5. RAAD KAREL (04:27)
6. NUTHEH ALIHA ANAHAL LHEWLA (04:07)
7. EHCART KEMIL (04:04)
8. WADJA BASHA (04:00)
9. WARTI BWA DI ANAWITA (04:04)
10. ARTIFAKS

MARIEM HASSAN
 — La voz indómita —
 (del Sáhara Occidental)

DVD

1. ELUDA EN SANCIA EN MARIEM (00:01)
2. AUMERHA (00:01)
3. WADJA BASHA (00:01)
4. KORDIN BWA (00:01)
5. AYAL KALEW YEKHWA (00:01)
6. NUBENIEGRA (00:01)
7. LA YEMOCHI ANN LIDHO
8. YEMOCHI ANN LIDHO
9. YEMOCHI ANN LIDHO
10. YEMOCHI ANN LIDHO

MARIEM HASSAN
 — La voz indómita —
 (del Sáhara Occidental)

CRÓNICA APASIONADA DE 18 AÑOS SIN TREGUA

La mujer del Sahara Occidental, que entre otros dos conflictos, tras la caída, los periodistas se fueron a desahuciar la programación de un artículo periodístico. Una publicación de 10 páginas en el periódico francés, que era una especie de periódico de la izquierda, se publicó en el Sahara Occidental. El momento de la publicación era crítico: se celebraba un aniversario del 10 de octubre de 1975, el día de la independencia del Sahara Occidental. El momento de la publicación era crítico: se celebraba un aniversario del 10 de octubre de 1975, el día de la independencia del Sahara Occidental.

En la noche, el periodista, Mariem, tenía un primer contacto directo con el pueblo. Sin dar a conocer su nombre, Mariem, tenía un primer contacto directo con el pueblo. Sin dar a conocer su nombre, Mariem, tenía un primer contacto directo con el pueblo. Sin dar a conocer su nombre, Mariem, tenía un primer contacto directo con el pueblo.

De madrugada, una camioneta blanca con dos ocupantes se detuvo en la carretera. Era la policía, que venía a detener a Mariem. Mariem, que estaba en la camioneta, se bajó y se fue a casa. Mariem, que estaba en la camioneta, se bajó y se fue a casa.

Algunos meses después, Mariem volvió al Sahara Occidental. Allí, se encontró con un grupo de músicos que estaban tocando música tradicional. Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa. Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa.

CONCERTOS COCINA

En la ciudad de Tinduf, se celebró un concierto de música tradicional. Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa. Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa.

Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa. Mariem, que estaba en el grupo, se bajó y se fue a casa.

1997 De cómo Manuel y Zazie viajan a los campamentos saharauis de Tinduf (Argelia). Allí descubren un pueblo decidido a no dejarse doblegar y una cultura musical que cambiará sus vidas.

Poesía, bailes, grandes tambores, guitarras eléctricas desenfrenadas, canciones y... **MARIEM HASSAN.**

Z KIEL, JUNIO DE 1997, SUENA EL TELÉFONO

Es Manuel, mi amigo de Madrid,

Conocí a Manuel Domínguez, productor musical y fundador de Nubenegra, sello independiente de músicas del mundo, en 1995 en Hamburgo, en la Kampnagel Fabrik. Acompañaba al grupo cubano Vieja Trova Santiaguera durante su primera gira alemana. Coordinada por la agencia La Gala, de Colonia, con la que trabajo de vez en cuando, yo le había conseguido otro concierto para el día siguiente en Kiel. Como tenía mucha curiosidad por ver a este grupo de músicos veteranos, me fui a Hamburgo. Ese fue el comienzo de nuestra amistad y de mi colaboración con Nubenegra.

Desde la fundación de la Asociación Nacional Alemana de Sinti y Roma de Schleswig-Holstein, en 1989 en Kiel, trabajo con ella. Cuando les conté a mis compañeros cómo era el concierto de esos viejitos, todos quisieron verlos. Al ser yo la organizadora, le di bastantes entradas gratuitas a Matthäus Weiss, presidente de la asociación. No sabía si irían todos. ¡Y fueron! Después del concierto, Manuel comentó con ellos su interés por la música gitana y el swing de Django Reinhardt.

La última vez que nos vimos fue hace dos meses en un estudio en Colonia; durante la grabación del primer disco de I Gitanos, músicos sintis de Coblenza.

—Hola, Zazie, he reservado dos billetes para un vuelo chárter a Tinduf (Argelia). El ex-ministro de Cultura de los saharauis en el exilio, Mohamed Tammy, me ha invitado a asistir al *Sexto Festival de Cultura y Arte Populares*, en Auserd. En 1982, al publicar un doble LP del grupo saharauí El Uali, le pedí que me avisara si hacía algo en relación con la música tradicional. ¡Imagínate, han pasado 15 años y se ha acordado! Esta vez, el festival no será durante el caluroso mes de agosto, como en las ediciones anteriores, sino del 7 al 12 de octubre. He dicho que sí y que iría acompañado. Me haría mucha ilusión que vinieras conmigo.

—¿Quiénes son los saharauis, Manuel?

—Del Sáhara Occidental, una antigua colonia española.

—¿Y por qué están en el exilio?

—¡Ahora mismo te mando información! ¡Pero dime si vas a venir!

La oferta es seductora, una aventura. Enseguida digo que sí.

En una pequeña librería de Kiel encuentro lo que busco: *Europa und der Krieg Marokkos in der Westsahara* (Europa y la Guerra de Marruecos en el Sáhara Occidental), un folleto de apenas 50 páginas publicado por Reinhard Pohl en 1991, de la serie *BRD und die Dritte Welt* (La RFA y el Tercer Mundo). Presenta artículos de varios autores, repleto de información sobre un conflicto y una guerra de los que no he oído nunca nada en los medios alemanes. De Karl Rössel, autor de

uno de esos artículos, también hay un libro: *Wind, Sand und (Mercedes) Sterne* (Viento, arena y estrellas (de Mercedes)). Mercedes suministró a Marruecos *Unimogs*, vehículos especiales aptos para el transporte de tropas y con la posibilidad de equiparlos con armas potentes.

El Sáhara Occidental es un territorio entre Marruecos, Argelia y Mauritania. Desde 1975 está ocupado ilegalmente por Marruecos. En los años 60 viajé a menudo al norte de África, Túnez, Marruecos y Argelia, pero nunca a esa zona del oeste.

El 6 de octubre de 1997 parto en avión de Hamburgo a Madrid, donde me espera Manuel. Al día siguiente tomamos el primer autocar hacia Alicante, desde donde sale el vuelo chárter a Tinduf a las 14 h. Durante el viaje en autobús le pregunto a Manuel por qué vamos en un vuelo chárter. Me explica que la Delegación del Frente Polisario, junto con la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de Madrid, en ocasiones muy especiales organiza vuelos directos a Tinduf con Air Algerie. El hecho de que vayamos a volar con una línea aérea oficial me tranquiliza.

VUELO CHÁRTER ALICANTE - TINDUF

Al llegar al aeropuerto nos enteramos de que el vuelo saldrá con un retraso de dos horas.

Los que esperan con nosotros son sobre todo españoles. Solo algunas mujeres con niños deben de ser saharauis, por cómo van vestidas. Alguien saluda a Manuel y él me presenta:

—Zazie, Abdullah.

—¡Ah! tu amiga alemana.

Abdullah, que pertenece a la Delegación del Frente Polisario, repasa la lista de pasajeros. También viaja a Tinduf con nosotros.

Como es la primera vez que Manuel y yo vamos a un campamento de refugiados, estamos abiertos a los acontecimientos.

Por fin nos llaman a embarcar. El avión me produce una impresión descuidada, los asientos están muy deteriorados. Sin embargo el personal de abordaje es muy agradable y podemos elegir donde ubicarnos. Como siempre, me siento inquieta. Me tranquilizo con el mismo argumento con el que consiguieron que me subiera al avión la primera vez que volé: que también el piloto querrá volver con su familia sano y salvo.

El vuelo directo dura unas tres horas. Aparte de algunas turbulencias sobre el Mediterráneo, es un vuelo tranquilo. Cuanto más nos acercamos a Tinduf, más emocionada miro por la ventana. No hay nada más que tierra deshabitada, aquí

y allá algunos asentamientos, en todo momento pienso que al menos hay mucho espacio para aterrizar. Al bajar del avión, nos recibe un aire seco y cálido maravilloso. Para mí, que soy nórdica, es todo un regalo.

En una terracita de delante del edificio del aeropuerto, el personal argelino reparte formularios de entrada en francés, que hay que rellenar antes de pasar al edificio. Manuel lo hace por mí. Si me preguntan, debo responder que voy a un festival en el campamento de refugiados saharauis de Auserd. Con mi francés aprendido en la escuela me defiendo justo para eso. El control dura mucho y, cuando me toca, me dejan pasar sin demasiadas preguntas.

En el edificio del aeropuerto propiamente dicho, llegadas, salidas y recogida de equipaje son todo uno. El equipaje está ya saliendo. Llama la atención la de paquetes grandes que hay con material sanitario. Nos indican que saquemos nuestros bultos y que los llevemos a los camiones que ya están afuera preparados, donde cargamos los objetos voluminosos. Los aparatos técnicos y bolsos los llevamos con nosotros y, siguiendo la indicación que nos hacen con la mano, nos subimos a otros camiones donde sólo unos pocos tienen la suerte de conseguir asiento.

«¡Yalla, yalla!», se oye por todas partes, y los primeros coches de la fila se ponen en marcha, acompañados por varios jeeps. Empieza a anochecer.

—¿Adónde vamos?

—A Rabuni.

El trayecto dura unos tres cuartos de hora con muchas paradas y controles. Llegamos machacados a nuestro destino. Cuando bajamos del camión ya ha oscurecido y el cielo rebosa de estrellas.

Rabuni es la sede del Gobierno en el exilio de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) con sus ministerios y su administración.

A través de un portón accedemos a un patio interior espacioso y desde allí a un edificio donde nos aguardan largas mesas con té, café, agua, dátiles, pan y bollos. Somos más de cien personas y hay para todos. Me siento hecha polvo, cansada y aturdida.

Hoy dormiremos aquí, en Rabuni, en una tienda de campaña. Manuel me traduce las informaciones según llegan. Mañana nos vamos a Auserd.

Abandonamos el patio interior y nos dirigimos a una de las tiendas militares que se encuentran delante. Juntamos dos colchones que tienen mantas y almohadas.

—Buenas noches, Zazie.

—Buenas noches, Manuel.

Y nos dormimos con lo puesto.

RABUNI - AUSERD

Nos despiertan a primera hora y nos informan de que tenemos el desayuno en la misma sala en que cenamos. De día veo que el Protocolo es un rectángulo alargado que, con su patio interior, me recuerda una fortificación. Aquí se encuentra el centro desde el que se coordinan las visitas y las actividades de los cooperantes.

Después de desayunar salimos al exterior, una gran plaza con diferentes edificios. Vehículos de todo tipo: autobuses, camiones, jeeps y viejos Mercedes diésel van y vienen. Un ajetreo impresionante. Llegan autobuses y se oyen gritos desde todas partes de «Auserd, Auserd», a la vez que nos indican que subamos a ellos.

Al principio vamos por carreteras más o menos asfaltadas, que pronto se convierten en pistas de arena. A los autobuses les faltan algunos cristales y por todas las rendijas se cuelean remolinos de arena. Todos sacan telas negras como las que Manuel nos ha comprado en Rabuni. Intento ponérmela en la cabeza sin mucho éxito. Unos saharauis que viajan con nosotros me observan curiosos y, ante mi fracaso, uno de ellos se quita el turbante para enseñarme paso a paso cómo tengo que ponérmelo hasta cubrirme nariz y boca. Una forma genial de protegerse de la arena y del sol. Otros españoles aprovechan la lección y lo intentan. Dejo mi gorro en la bolsa. Aprendo mi segunda palabra en hasanía: *elzam*, turbante.

El trayecto a Auserd se nos hace largo. Tras pasar un control, empieza el campamento. Seguimos la pista marcada en la arena. Lo primero que reconozco sobre unas lomas son extraños corrales circulares hechos con alambres, trozos de hojalata y trapos; cabras que campan sueltas y mujeres y niños llevando cubos, subiendo o bajando. Entonces aparecen las primeras tiendas y cada vez son más y más. Los autobuses no causan sorpresa. Los niños y las cabras cruzan la pista por delante de nosotros, sin inmutarse.

Terminamos en una plaza grande en la que ya hay varios autobuses. Descubrimos que también han llegado vuelos chárter desde Barcelona, Valencia y Sevilla, para asistir al festival. Los camiones con nuestro equipaje están aquí. Los niños nos rodean curiosos y nos preguntan cómo nos llamamos, de dónde venimos o si llevamos caramelos.

Un edificio blanco abierto hacia un patio interior es el centro de todas las actividades. Hay pequeños grupos de mujeres delante.

—El ayuntamiento —dice Manuel—. Lo apunto todo en mi libreta.

—Hay cuatro grandes campamentos (wilayas), todos con nombres de ciudades de la patria ocupada por Marruecos: Auserd, El Aaiún, Dajla, Smara.

—Las wilayas están divididas en dairas (municipios) y estas, en barrios. Cada wilaya tiene su gobernador, cada daira, su alcalde y cada barrio, su responsable.

Sirviéndose de la lista de pasajeros, reparten en familias saharauis a los recién llegados. Se han formado ya grupos de entre cinco y seis personas que, por lo que se ve, conocen el procedimiento, agilizando así el reparto.

A medida que la plaza se vacía, me siento un poco inquieta. Entonces llega Abdullah con una saharauí a su lado.

–Bueno, esta es Fatma, vuestra anfitriona.

–Fatma, este es Manuel y esta es Zazie.

Todos sonreímos. Abdullah nos avisa de que irá a la jaima -la tienda saharauí- un representante del ministerio de Cultura para acompañarnos.

En la jaima de Fatma todos nos saludan amablemente y algunos, acto seguido, se llevan la mano al corazón. La jaima tiene aberturas por los cuatro costados, cubiertas con telas que se enrollan. En la entrada de la tienda también hay una lona de tela medio bajada. En el suelo hay colchones cubiertos con telas de colores. Nuestra anfitriona señala dos colchones con almohadas. Entendemos que son nuestras camas. Dejamos las maletas y las bolsas, nos sentamos en los colchones y nos ponemos a vaciar las maletas. Manuel viene bien provisto. Lleva dos sábanas, pastillas para hacer potable el agua, turrón para la anfitriona, y caramelos, juguetes y material escolar para los niños. Yo voy provista de un saco de dormir, innumerables toallitas limpiadoras, medicamentos para el estómago y el intestino, café y muchas barritas de muesli.

Mientras nos instalamos, Fatma prepara un té que nos sirven en vasitos y que sabe dulce. Constantemente llegan a la tienda saharauis, se sientan en el círculo familiar, nos saludan, toman el té y se van. También a nosotros nos vuelven a servir té dos veces más. Al cabo de una hora, llega un saharauí a la tienda y se presenta en un perfecto castellano.

–Soy Ahmed Fadel, pero todos aquí me llaman el Rubio. Os acompañaré durante el festival.

Manuel me había contado en Rabuni por qué casi todos los saharauis mayores hablan un poco español. El Sáhara Occidental fue colonia española entre 1884 y 1975 y en 1958 fue declarada provincia española. Todos los habitantes tenían su DNI y muchos saharauis sirvieron en las Tropas Nómadas del ejército español.

Todo el mundo saluda al Rubio. Mientras toma el té, preparamos nuestra cámara de vídeo HI-8, de tamaño y peso considerables, y colocamos el trípode en una bolsa. La cámara fotográfica, el material de filmación y otros objetos útiles van en una bolsa más manejable. El agua, en una de plástico.

–Estamos listos, Rubio.

–Muy bien, vámonos.

El Rubio se levanta del suelo de la tienda, coge la bolsa con el trípode e insiste en llevar también mi bolsa. Yo llevo la bolsa con el agua.

—Hasta luego —decimos adiós con la mano y nos ponemos en marcha.

PRIMER DÍA DEL FESTIVAL

Avanza la tarde, pero sigue haciendo mucho calor.

—¿Está muy lejos el recinto del festival?

—No.

—¿Se ve?

—Sí, allí, el grupo de jaimas.

En realidad no parece que esté lejos. Cuanto más caminamos por la arena, crece la sensación de que las jaimas se convierten en un espejismo. La visión de la lejanía en el desierto engaña. El Rubio y Manuel van delante, y se van pasando la maleta con la cámara, mientras yo voy detrás, a mi ritmo. Ambos se van girando de vez en cuando para no perderme de vista y se paran para que pueda unirme a ellos.

—El Rubio —me dice Manuel para animarme— me acaba de anunciar que mañana los de Cooperación pondrán un jeep a nuestra disposición.

No tengo ni idea de quién o qué es Cooperación, pero la noticia me da alas para seguir otro poco.

Y así llegamos a las jaimas del festival. Se diferencian de las de Auserd en la forma, el color y el tamaño y están hechas de tela gruesa y marrón. Las lonas de las tiendas están enrolladas en algunos de los lados y puedo ver en el interior de unas cuantas, telas de colores vivos. El suelo está cubierto de alfombras y la gente entra por todas partes.

Pero es otro espectáculo el que llama nuestra atención. En la plaza de delante de las tiendas, que destaca por unos postes altos y estrechos unidos con pañuelos blancos con inscripciones en árabe, tiene lugar algo parecido a una lucha libre. Hombres con la darraa arremangada para tener las piernas libres, se batan en duelo bajo la mirada de un árbitro que a menudo se ve obligado a intervenir porque los luchadores se lo toman demasiado a pecho. Menos mal que el reglamento frena el espíritu combativo en exceso. La lucha saharauí, evidentemente inspirada en la lucha canaria, nos tiene absortos durante un buen rato, hasta que el Rubio nos insta a seguir.

De repente nos encontramos ante un escenario pintado de blanco en medio de la arena del desierto. Un enorme retrato destaca en el centro.

—El Uali —dice el Rubio, y Manuel me explica que El Uali fue el primer secretario del Polisario, muerto en combate al inicio de la guerra.

El escenario no es muy alto, pero sí muy grande, y está primorosamente pintado. Yo me dispongo a observarlo de cerca. Tras el escenario hay mujeres en pequeños grupos, todas vestidas del mismo modo. Llevan faldas blancas, como de volantes, y van envueltas con telas negras desde la cabeza hasta la cintura. En cuanto me acerco un poco a ellas, descubro las abalorios brillantes que llevan en la frente, bajo las telas. Cruzamos miradas curiosas.

Delante del escenario ya hay varias cámaras montadas. Manuel ha encontrado un buen ángulo para la suya. Al Rubio no se le ve por ningún lado.

—Enseguida vuelve —dice Manuel.

Cuando el Rubio regresa, están poniendo alfombras delante del escenario. En el festival hay muchos invitados, venidos de todas las partes del mundo y de todas las culturas, incluso políticos. Sorprendentemente, también hay muchos periodistas. La superficie cubierta de alfombras, ante el escenario, empieza a llenarse. El Rubio nos aconseja que nos busquemos un sitio en ella. Prefiero quedarme cerca de la cámara, para que Manuel pueda tomar fotos de vez en cuando.

Aparecen las primeras estrellas en el cielo, entre las que reconozco la Polar. Oscurece deprisa y el cielo se convierte en una bóveda llena de estrellas como nunca había visto en mi vida.

Cuando, tras el discurso de inauguración, un saharai vestido con una darraa blanca, acompañado de un guitarrista y de una mujer con un tambor, sube al escenario, el público le saluda, aclamándole. Toda mi atención es poca.

Titubea y, ante mi sorpresa, empieza a recitar.

—Mohamed Salek Buzeid, poeta —dice el Rubio.

La guitarra suena potente apoyando el recitado y mantiene el dinamismo de los versos. Una puesta en escena muy peculiar que me hechiza.

El poeta abandona el escenario, y mujeres y hombres, vestidos con trajes tradicionales, suben a él y se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, mientras que sus nombres se anuncian en los altavoces. Los guitarristas siguen tocando, y cuando dos mujeres empiezan a percutir los tambores, una de ellas agarra un largo cable, al final del cual aparece un micrófono, y se pone a cantar. Las palmas y el coro de todas las mujeres acompañan su canto, con voz muy aguda. Un segundo micrófono pasa de mano en mano según se alternan las cantantes; pero todas con esas voces casi hirientes, a veces haciendo gallos.

El público no para de aclamarlas. Miro a mi alrededor. Tras los vips, que ocupan a mis espaldas las alfombras a lo largo del escenario, salta a la vista una inmensa masa de gente enfervorizada.

Un anuncio por los altavoces queda sepultado bajo la aclamación del público.

—¿Qué han dicho? —le pregunto al Rubio.

—Han anunciado a una cantante: **Marjem Hassan**.

No llego a distinguirla hasta que toma el micrófono. Su voz es algo más suave y menos estridente que las anteriores. Su canto acompaña un baile. El movimiento de las manos de la bailarina es peculiar y fascinante.

Conozco bailes africanos, indios, orientales, también el flamenco, todos con movimientos de manos; pero ahora descubro el baile saharauí.

Al cabo de una hora termina la representación y, mientras me levanto y estiro mis piernas, veo cómo el público más allá de las alfombras se esfuma en la oscuridad. ¡En un abrir y cerrar de ojos, todo ha quedado completamente vacío! Incluso el Rubio ha desaparecido.

Cuando terminamos de recoger los aparatos, regresa el Rubio. Tiene una buena noticia. Ha conseguido sitio en un coche para que nos lleve a nuestra jaima.

—¡*Hamdulillah!* —gracias a Dios.

En la pista, que está llena de baches, me pregunto cómo es posible orientarse entre la oscuridad sin quedar atrapado en la arena o salirse del camino. Cuando nos dejan ante una de las jaimas, ni siquiera sabemos si es la nuestra. Pero Fatma ha oído el coche y nos abre. Manuel se disculpa por llegar tan tarde. Ella se lleva la mano a la boca, tenemos que comer algo.

—Muchas gracias, no tenemos hambre.

Insiste y nos indica una mesa baja que ya está puesta con cubiertos, naranjas, dátiles y agua. Apenas nos sentamos, nos trae dos platos de espaguetis mezclados con pedazos de sardina en lata. Los pruebo, pero mi estómago se rebela contra tal mezcla. Cojo una naranja, que me sabe a gloria, y un par de dátiles. Manuel se come disciplinado su plato hasta dejarlo vacío e incluso coge un poco del mío, para no contrariar a nuestra anfitriona. Tras un día como este, los colchones nos resultan un lecho de príncipes.

SEGUNDO DÍA DEL FESTIVAL

Cuando nos despertamos, ya está todo el mundo sentado, los unos al lado de los otros, tomando té y sonriéndonos. ¡Glups!

—Manuel, por favor, ¿puedes preguntar dónde está el baño?

Fatma nos acompaña a un pequeño cuarto de adobe detrás de la jaima. Un agujero en el suelo y un cubo con agua al lado; no hace falta nada más. Pero en ese momento descubro las cucarachas que se amontonan en las ranuras de las paredes.

—Manuel, ¿estás ahí?

—¡Sí! ¿qué pasa?

—Hay muchas cucarachas.

—No te preocupes, no te van a atacar.

—Me da igual, no te muevas de ahí.

Para el desayuno, otra vez la mesa plegable y baja, con pan, mermelada, dátiles y agua, y el té. Como prefiero tomar café por las mañanas, le paso a Fatma un paquete de café; ella asiente con la cabeza, lo coge y poco después vuelve con una cafetera pequeña. Tema aclarado, le paso todas mis provisiones. El pan sabe increíblemente bien.

—Es pan tradicional —explican— y está cocido en la arena del desierto.

Espero tener la oportunidad de poder asistir al menos una vez a ver cómo lo hacen. Mientras aguardamos al Rubio, Manuel se pone a filmar en la jaima con su cámara. Todos nos miran curiosos y despreocupados. El benjamín de la familia no para de posar ante la cámara y hace reír a todos los demás con sus poses. En una misma jaima conviven varias generaciones. Las familias más grandes levantan jaimas alrededor según van casándose los hijos. En la nuestra, con nosotros, somos ocho personas; como ayer, no para de entrar y salir gente.

—Demasiados visitantes y faltan coches —comenta el Rubio al entrar.

—No importa.

El calor es aún soportable. A medio camino, pasa un jeep que toca la bocina.

—¡Para, para! —grita el Rubio, que corre detrás y se pone a hablar con el conductor mientras nosotros aprovechamos la pausa para beber.

—Nos llevan al festival —señala. En el jeep nos hacen sitio.

El conductor se gira hacia nosotros y pregunta algo que no entiendo.

—¿No eres española?

—No, soy alemana.

—Entonces, podemos hablar en alemán —dice el conductor riendo, y me cuenta que ha estudiado en Austria.

—Trabajo para el ministerio de Cultura.

Manuel explica el motivo de nuestra presencia en el festival.

Cuando nos bajamos del coche, el Rubio nos informa de que Baba Jouly es viceministro de Cultura y va a preparar una reunión con el ministro.

Delante de las tiendas del festival se agita sin parar una gran masa de gente, en dos filas, como en una coreografía. Hoy también las tiendas están rodeadas de montones de personas. Con la ayuda del Rubio, nos escabullimos hasta el centro de una de las tiendas donde un guitarrista, acompañado al tambor por una mujer, toca para que bailen otras dos mujeres descalzas. Lo que la noche anterior sobre el escenario me parecieron unas sandalias delicadas son, en realidad, los pies pin-

tados con henna. Sorprendida, percibo la variedad de dibujos de henna en pies y manos, pero el impresionante calor dentro de la tienda me resulta insoportable. El Rubio nos abre camino entre los cuerpos apretujados para que podamos salir.

Es impresionante, con qué entusiasmo y orgullo los saharauis viven su cultura y la presentan en este festival. Desde 1975 resisten en campos de refugiados en la hamada argelina.

El Rubio me ha explicado, que el *Festival de Cultura y Arte Popular* se creó tras el alto el fuego y el acuerdo del plan de paz de la ONU en 1991.

La larga hilera de jaimas tradicionales en el recinto del festival, frig, nombre en hasanía de un campamento nómada, es increíble. Cada wilaya está presente con varias jaimas. Exposiciones, conversaciones con los poetas y talleres de música y danza dan una visión de la vida libre de los saharauis antes del exilio. Hay camellos con enormes armazones de sillas de montar, *amcharrab*, inmovilizados con trabas en las patas delanteras.

La hospitalidad y el sentido comunitario de los saharauis se manifiesta en todos los detalles de la fiesta.

Delante de una jaima, donde un grupo de mujeres está jugando a algo parecido a un gran mikado, me quedo mirando con curiosidad. Con un gracioso movimiento de la mano, una de ellas tira largos palitos al suelo y todas valoran el resultado. Entonces vuelven a recoger y a tirar los palitos que pasan de mano en mano. En vano intento descifrar las reglas del juego. Nos ofrecen té y dátiles.

Manuel descubre, con la ayuda del Rubio, algo sobre unos objetos dispuestos en el suelo. Por lo visto, se trata de una exposición de útiles de trabajo. A mí me interesa especialmente un saquito de piel que cuelga de dos palos y que una de las mujeres empuja hacia delante y hacia atrás. Según el Rubio se utiliza para producir mantequilla de de leche de camella.

Es hora de ir al escenario del festival.

Un nuevo poeta, Abbeh, saluda al público y se pone a recitar. Narra la historia de la lucha por la independencia. Apenas se le oye entre el júbilo del público.

Las mujeres, tras la actuación del poeta, entran bailando al escenario seguidas de un saharauí de pelo blanco. Llevan cuencos de madera en las manos y forman un círculo alrededor del anciano, que se ha sentado en el suelo y simula labores campesinas. Ellas también se sientan.

Un hombrecillo exhibiendo una escopeta salta al escenario, da vueltas alrededor del círculo y se sienta. Unidos en el círculo, y siguiendo con las labores, entonan un canto poderoso y casi meditativo. Fascinante como la pequeña escena, con los dos protagonistas fuera ya del círculo.

—Se trata de una declaración de amor, cantada y escenificada entre el hombre de pelo blanco y una saharauí. Belga y Jeirana, —me apunta el Rubio— y el baile, *tuiza*, una danza colectiva inspirada en el trabajo y las labores cotidianas.

Cuando, al cabo de una hora, la actuación termina, la oscuridad, como ayer, ya ha engullido en un abrir y cerrar de ojos al público y también al Rubio. Hoy sabemos que está buscando un coche que nos lleve a la jaima.

TERCER DÍA DEL FESTIVAL

El Rubio entra radiante a nuestra tienda.

—¡Yalla, yalla!, ¡tenemos coche!

Me da la impresión de que cada día hay más gente moviéndose por el recinto del festival. El Rubio nos dirige a otra de las jaimas y se abre paso, decidido, ayudando a Manuel a colocar su cámara al lado del guitarrista, y a mí me deja entre dos chicas, que se apartan un poco contrariadas.

Es la jaima de El Aaiún, cuyo grupo actúa hoy en el escenario grande. El calor es insoportable a pesar de que todos los faldones de la tienda están levantados. El sonido es más que horroroso. Pero la guitarra, los tambores, las palmas de las mujeres y una bailarina que tengo muy cerca, cautivan mi atención. Baila tranquilamente, abstraída en sí misma, con movimientos de manos majestuosos. En cuanto otras bailarinas se ponen a bailar a su lado, ella se retira despacio, llevándose consigo su aura. Es una pena. Nayim —que así se llama el guitarrista— sigue a lo suyo, relajado y concentrado, ajeno a todo el barullo que hay en la tienda, cuya atmósfera quita el aliento en el doble sentido de la expresión. Otra vez me agobio y salgo rápida como el rayo.

Al atardecer vuelvo a estar sentada delante del escenario, sobre la alfombra, esperando impaciente la actuación de la wilaya de El Aaiún. Nayim ya está en el fondo del escenario tocando, acompañado por una percusionista. Vuelve el poeta del primer día, Mohamed Salek, y con voz poderosa empieza a recitar. El júbilo del gentío, mezclado con los gritos estridentes de las mujeres, es ensordecedor. Yo también flipo, asombrada ante la conjunción entre el poeta y la guitarra. Es un rap, un auténtico rap del desierto.

Entra el grupo y se coloca en el escenario. Le pasan el micrófono a un cantante negro que se ha sentado al lado de Nayim. Su canto peculiar se funde con el del guitarrista, acompañado por los tambores y las palmas de las mujeres, en un potente diálogo. Crece el fervor del público.

Salen las bailarinas, las cantantes se alternan, pero yo solo tengo ojos y oídos para Nayim que ya me ha fascinado en la jaima. Domina el escenario con su gita-

rra. Todo pasa por él: el canto, el baile, las pausas, e incluso canta leyendo una hoja que un saharauí a su lado le sujeta delante. El Rubio se ríe de mi perplejidad: «Es un poeta, Zaim, su hermano, y el cantante negro se llama Mahfud».

Cuando el ritmo se vuelve un poco más lento, y yo ya espero el final de la actuación, anuncian la asistencia del presidente Abdelaziz y el grupo vuelve a animarse. Todo el mundo aguarda emocionado y Nayim acompaña la espera. A los diez minutos, se desencadena el júbilo. Llega el presidente saludando al público y al grupo, antes de sentarse.

Tras un baile, el grupo recupera el dinamismo. Mahfud canta, y la algarabía del público es capaz de despertar incluso al espíritu más fatigado. Con Nayim respondiéndole termina la actuación.

Al poco de llegar a nuestra jaima, aparece el Rubio con dos mujeres, que nos presenta, Aziza y Tarba, ambas del grupo de El Aaiún, cuya actuación acabamos de ver. Desde tan cerca parecen mucho más jóvenes que sobre el escenario. Ellas quieren cantarnos dos canciones y nos preguntan si podemos grabarlas en la jaima.

—En principio, sí, vamos a probarlo.

Manuel coge el DAT y los dos micrófonos. Aziza canta y Tarba marca el ritmo sobre la alfombra. Al escuchar la grabación, nos sorprende lo bien que suena.

—La canción se titula «Dios mío».

—Bueno, eso era una prueba; ahora, la buena.

Ambas están compenetradas y la segunda grabación sale correcta, aunque hacemos una tercera, por seguridad.

—Bien, ¿y ahora?

«La tierra derrama lágrimas». Con esta segunda canción, Aziza tiene problemas con la letra, pero Tarba se la sabe y ayuda a Aziza con una segunda voz. El Rubio debe llevar a las mujeres de vuelta.

—Hablaremos más tarde de esto —dice— y acuérdate que mañana tenemos una entrevista con el ministro de Cultura.

—Sí, estupendo, Rubio. Muchas gracias, chicas.

Y nos despedimos de ellas. ¡Uau! sin esperarlo, acabamos de grabar dos canciones íntimas que no tienen nada que ver con las del festival.

CUARTO DÍA DEL FESTIVAL

Recogen a Manuel. Acordamos que yo me quedaré con las mujeres, que insisten en que me vista con una melfa. Extienden ante mí telas de distintos colores: rosa y amarillo estampados, y uno casi blanco. Falta mi color preferido: el negro.

Como no acabo de decidirme, al final me visten con la tela rosa.

El procedimiento es curioso: una tela de entre 5 y 6 metros de largo y 1,40 de ancho se enrolla hacia dentro con la anchura del cuerpo y se le hacen dos nudos. Entonces me la ponen por la cabeza y me envuelven el cuerpo con ella. El extremo libre cae sobre los hombros, como si fuera un fular.

Es un método aparentemente fácil y muy efectivo. He quedado embutida de pies a cabeza y las mujeres me contemplan satisfechas y me ponen un espejo delante. Casi no puedo aguantarme de la risa; soy la pareja perfecta de la Pantera Rosa. Las mujeres parecen molestas, pero con un par de movimientos de baile imitando al personaje cómico las hago reír. Entonces les indico la tela blanca y lo entienden. Otra vez el mismo procedimiento. Al verme en el espejo, asiento con la cabeza y por fin estamos todas satisfechas. Mientras tomamos el té intento reconstruir ante sus ojos el método para enrollar la tela, pero lo que parecía tan fácil... Riéndose, me ayudan. Una de ellas me indica cómo puedo meter un cabo de la tela en el bolsillo de mi pantalón.

Nos comunicamos con gestos. Es agradable estar vestida como ellas mientras tomamos té. Me contagian su buen humor. Cuando vuelve Manuel, me hacen una señal para que me quede sentada.

—¿Dónde está Zazie?

Se encogen de hombros, mientras se esfuerzan para reprimir la risa. Pero él ya me ha descubierto y coge su cámara enseguida.

Un poco más tarde, el Rubio entra en la jaima acompañado de otro saharai y me saluda.

—Mira, una auténtica saharai.

Y las mujeres asienten, satisfechas.

Ambos se sientan a la mesa y nos hacen señales de que nos unamos a ellos. Nos traen cuscús y carne.

—Camello —asegura el Rubio y nos pasa el plato.

Los hombres hacen bolitas enrollando el cuscús con los dedos. Nos han puesto cucharas para que podamos comer. Está riquísimo. Manuel ya ha probado la carne de camello. Le pregunto que cómo está.

—Bien, un poco dura.

Mientras vacilo, el Rubio me pone un trozo en el plato.

—Prueba, está buena.

Aparto del hueso un poco de carne. Realmente es dura. El Rubio se ríe y me busca otro trozo.

—Prueba este.

Efectivamente, este sabe mejor, pero prefiero un poco más de cuscús.

Con el té que nos sirven después de la comida, consigo quitarme el sabor a camello.

Vamos a ver la última actuación. Hoy toca Auserd, nuestra wilaya. El grupo es un poco más pequeño que el de los días anteriores y solo hay un guitarrista muy joven, pero el guión se mantiene. Otra vez Abbeh abre la actuación.

Una cantante destaca con su voz. Tiene un registro gutural muy agradable e irradia serenidad. No deja de sonreír mientras canta.

También hay otra novedad. Una bailarina realiza una danza en solitario. Vestida con ropa tradicional, bajo la tela negra reluce algo que parece un corpiño, creando una imagen elegante. Su baile, acompañado por la guitarra, el canto y el ritmo de las palmas de las mujeres, resulta dinámico e impresionante, casi moderno. Hay momentos en los que permanece quieta y mueve solo el torso, con gracia y seducción. Es evidente que ella tiene algo muy personal que la distingue del resto de bailarinas que hemos visto estos días. Un buen modo de terminar el festival, con sorpresas hasta el último momento.

El Rubio escribe el nombre de la bailarina en mi cuaderno, Nayat Emgaizlat, que proviene de una familia de bailarinas famosas.

Cuando nos llevan de regreso a nuestra jaima, todos están tomando el té. Anochece y no queremos perder el espectáculo de las estrellas. Avisamos de que nos quedamos fuera un rato más. «Sí, sí, la noche está preciosa». Sentados sobre nuestras chaquetas, nos traen el té en una bandejita.

Manuel me cuenta su entrevista con Sidahmed Batal, el ministro de Cultura.

— Quería saber, sobre todo, si nos había gustado el festival. Baba Jouly le ha trasladado mi agradecimiento por la invitación, y también nuestro entusiasmo. Por cierto, el ministro es ciego.

Eso es algo que me deja atónita, teniendo en cuenta la organización de todo el festival. Manuel le ha adelantado el proyecto que ronda en su cabeza sobre la música saharauí, en colaboración con el Museo Nacional de Antropología, y su intención de regresar para empezar lo antes posible con las grabaciones.

—Le ha parecido muy interesante y nos ha dado su apoyo. Hemos acordado que yo le mandaré el proyecto y un calendario detallado y que llevaré el acuerdo por escrito a la delegación de Madrid para que puedan prepararlo todo.

DESFILE Y DESPEDIDA

Dejamos hechas las maletas antes de dirigirnos por última vez al recinto del festival para el desfile de clausura. Las mujeres me ayudan a ponerme la melfa por encima de la camiseta y de los vaqueros. Resulta agradable sentir su ligera tela.

Esta mañana el cielo está despejado y la vista es magnífica: se puede ver en la distancia lo suficientemente lejos como para percibir la redondez de la Tierra.

Se distinguen jaimas en la lejanía, otras dairas de Auserd. La dimensión de los campos de refugiados debe de ser inmensa, puesto que al recinto del festival llega gente desde todas las direcciones. Es una visión increíble.

En el espacio que hay entre el escenario y las jaimas del festival, hay muchos camiones aparcados. El escenario, con sus escalones, hace de tribuna para la gente importante. Muchas mujeres llevan vestidos negros y blancos. También ha venido Nayim, mi favorito, con su guitarra. Sobre el escenario se levanta un altavoz grande y, delante, dos micrófonos y tambores. Por todas partes corren niños de un lado para otro. Se suben al murete del bastidor y aunque los echan unos militares, ellos vuelven a aparecer poco después, como palomas.

A ambos lados del escenario se han formado hileras interminables de gente, y siguen creciendo. Empujan hacia delante, pero los militares las devuelven a una línea imaginaria. Pasamos junto a las cadenas humanas. Por todas partes ondean banderas del Sáhara Occidental. Cuanto más nos alejamos del escenario, más denso se vuelve el gentío. Por lo que se ve, se están preparando los que van a desfilar. También aquí abundan los camiones. En medio, camellos y caballos con adornos esperan el desfile.

Como el sol es cada vez más despiadado, le hago una señal a Manuel, que se ha metido con su cámara en el tropel de la muchedumbre, de que vuelvo al escenario. Cuando llego, la gente se aparta un poco para que pueda sentarme. Aquí terminará el desfile, o sea que podré verlo todo. El júbilo va en aumento, acompañado de los sonoros zagarits de las mujeres, a medida que se acerca un grupo de chicas que llevan trajes tradicionales y la cabeza cubierta con abalorios impresionantes. Detrás de ellas, muchos hombres mayores, algunos armados, seguidos de mujeres que llevan cuencos en las manos y hacen movimientos imitando la siembra y, entre todo esto, un saharai arrastra un arado de madera. Grupos de chicas y mujeres balancean dos objetos que imitan a una barca, seguidas por mujeres con redes de pesca y jóvenes con bastones de los que cuelgan peces de papel.

Detrás, camellos tirados de las riendas, con sillas enormes.

En los estrechos pasillos que quedan entre el público y el desfile, pasan jinetes corriendo veloces de un lado para el otro a un ritmo impresionante. Es un desfile increíble: la arena que se arremolina, el calor, las banderas, los bailes, la música y los discursos a través de los altavoces. Y, sobre todo, la alegría interminable de la gente en este árido desierto, la hamada.

Manuel y el Rubio vienen en busca mía. Hay que irse.

Nos despedimos de Fatma, que ha cuidado de nosotros día y noche, y nos ha permitido vivir momentos íntimos y relajados con ella y su familia. El Rubio nos acompaña al ayuntamiento. Allí aguardan otra vez muchos autobuses, camiones y jeeps, aunque la atmósfera es muy distinta a la que tuvimos al llegar. Ahora hay más saharauis presentes, y vemos muchos abrazos y también lágrimas. Solo los niños corren como siempre de un lado para otro pidiendo caramelos. Es octubre, hace mucho calor. No quiero ni imaginarme cómo será en agosto.

–Muchas gracias por todo, Rubio.

–Tenéis que volver pronto.

–Sí, ¡volveremos pronto!

–Os esperamos.

En esos momentos es bueno saber que mantendremos nuestra promesa.

XXXXXXX

No te pierdas en febrero el segundo capítulo de La Voz Indómita: 1998

Visita: www.youtube.com/promonubenegra
encontrarás infinidad de vídeos tanto de Mariem Hassan como de otros artistas de Nubenegra.

Si aun no te has suscrito a promonuebenegra estás a tiempo.

Y, recuerda que el libro impreso está ilustrado con más de mil fotografías a todo color, y lleva un CD y un DVD de regalo.

Encárgalo en tu librería de referencia o entra en: www.traficantes.net/libros/mariem-hassan-la-voz-indomita o contacta con nosotros en nubenegra.com.